ráticas estrellas, quanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XV.

Prosigue Periandro sus acaecimientos, y cuenta un extraño suceso.

Comenzaba á tomar posesion el sueño, y el silencio de los sentidos de mis compañeros y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, quando de improviso comenzó á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dexaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar mues-

tras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion. En esto el que estaba conmigo dixo: sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tiene mas abaxo de los ojos aquellos monstruosos pescados que se llaman náufragos, y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos: menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan. En esto vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso sin tener necesidad de mascarlo. Náufragos son, dixo el piloto, disparemos con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traía el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestiglos. Con todo eso se dieron priesa á disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba para volver el agua al agua. Tendimos todas las ve-

las, y como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huímos del sobreestante peligro, que fué el mayor en que hasta entónces nos habíamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros: y con designio de hacer agua en ella, quisimos esperar el dia sin apartarnos de su ribera. Amainamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó posesion blanda y suamente. En fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofreciéron á la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas; en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado sierpes de cristal parecian. Des-

cubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos, que nos suspendiéron las almas y alegráron los sentidos. De algunos pendian ramos de rubíes que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubíes: de otros pendian camuesas, cuyas mexillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio: en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar, y cuyo color de los que se forman en el cielo quando el sol se traspone. En resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen: todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable con extremo increible. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos: á los ojos con la belleza y la hermosura: á los oidos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos paxarillos, que con no aprendidas voces formado, los quales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama,

parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato con el olor que de sí despedian las yerbas, las flores y los frutos: al gusto con la prueba que hicimos de la suavidad de ellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tibar. Pésame, dixo á esta sazon Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fe que le habia dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas que digais, no podreis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el qual, como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas; que quando son largas, aunque sean buenas, ántes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falta entendimien-

to que lo perciba, y aun cortesías que lo crean. Volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo son que hirió nuestros oidos, y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado. Luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca, tirábanla doce poderosísimos ximios animales lascivos. Sobre el carro venia una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas. Venia arrimada á un baston negro, y en él fixa una tablachina ó escudo, donde venian estas letras: SENSUALIDAD. Tras ella saliéron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre y ya triste; pero todas singular-

mente regocijadas: todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estátuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre airada y suave me dixo: costarteha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, á lo ménos el gusto: y diciendo esto pasó adelante, y las doncellas de la música arrebatáron, que así se puede decir, siete ú ocho de mis marineros, y se los lleváron consigo, y volviéron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entónces á los mios para preguntarles qué les parecia de lo que habian visto; pero estorbólo otra voz ó voces que llegáron á nuestros oidos, bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas, y formábanlas un esquadron de hermosísimas, al parecer, doncellas: y segun la guia que traían éranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura. ¿Qué me

pidieran á mí entónces, que no diera en albricias de tan rico hallazgo? Que á pedirme la vida no la negara, sino fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las quales la una me dixo: la Continencia y la Pudicicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse, ni la dexarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entónces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: ¡ó únicas consoladoras de mi alma, ó ricas prendas, por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro qualquier tiempo! fué tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con to-

dos los mios, sin que faltase alguno de ellos. A lo que dixo Constanza: luego, señor Periandro, ¿dormíades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno de ellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso dixo: prosigue Periandro tu cuento sin

repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la sin paz Sinforosa está esperando que llegues á decir de dónde venias la primera vez que á esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de quán poco fruto son las digresiones en qualquiera narracion, quando ha de ser sucinta, y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y así para él importaba muy poco ó nada que callase, ó que hablase Periandro: el qual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla, abreviándola, y siguiéndola en las ménos palabras que pudiese, y así dixo.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro su historia.

Desperté del sueño, como he dicho, tomé consejo con mis compañeros qué derrota tomaríamos, y salió decretado, que por donde el viento nos llevase, que pues íbamos en busca de corsarios, los quales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos, y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, quando yo la ví soñando. Rieronse de mi pregunta, y obligáronme, y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navíos de corsarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos á nuestro navío, y le llenamos de innumerables despojos: con que mis

compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas; porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado. Sucedió, pues, que un porfiado viento nos salteó una noche, que sin dar lugar á que amaynásemos algun tanto, ó templásemos las velas, en aquel término que las halló las tendió, y acosó de modo, que como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota: tanto, que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las leguas que hacíamos por hora, y los dias que habiamos navegado, hallamos ser quatrocientas leguas, poco mas ó ménos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debaxo del norte en el parage de Noruega, y con voz grande, y mayor tristeza dixo: desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar

Glacial, digo en el mar helado: y si aquí nos saltea el hielo, quedarémos empedrados en estas aguas. Apénas hubo dicho esto, quando sentimos que el navío tocaba por los lados, y por la quilla, como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedian el movimiento del navío. Amaynamos de golpe, porque tapando en ellos no se abriese, y en todo aquel dia, y aquella noche se congeláron las aguas tan duramente, y se apretáron de modo, que cogiéndonos en medio, dexáron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos, y á entristecer nuestras almas: y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navio hubiese: en el qual bastimento desde aquel punto se puso tasa,

y se repartió por órden, tan miserable, y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre. Tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, sino fué con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ú ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navío, á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado. Este peligro sobrepuja, y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto: porque un miedo dilatado, y un temor no vencido fatiga mas el alma, que una repentina muerte, que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaba tan hambrienta, como larga, nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo ménos, y fué, que consideramos, que si los bastimentos se nos acababan, el morir de ham-

bre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana: y así determinamos de salirnos del navío, y caminar por encima del hielo, y ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza. Púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante viéron las aguas sobre sí, formado con pies enjutos un esquadron pequeño, pero de valentísimos soldados: y siendo yo la guia, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro. Habia gente en él, que puesta sobre el bordo, adivinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venis, gente desesperada? ¿qué buscais? ¿venis por ventura á apresurar nuestra muerte, y á morir con nosotros? volveos á vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las xarcias, y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños, si es posible; porque pensar que os hemos de dar acogida,

será pensamiento vano, y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo. Dos meses, dicen, que suele durar este hielo que nos detiene: para quince dias tenemos sustento, si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dexo. A lo que yo le respondí: en los apretados peligros toda razon se atropella: no hay respeto que valga, ni buen término que se guarde: acogednos en vuestro navío de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, ántes que la precisa necesidad nos haga mover las armas, y usar de la fuerza. Esto le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viéndose superiores, y aventajados en el puesto, no temiéron nuestras amenazas, ni admitiéron nuestros ruegos, ántes arremetiéron á las armas, y se pusiéron en órden de defenderse. Los nuestros, á quien la desesperacion de valientes hizo valentísimos, añadiendo

á la temeridad nuevos brios, arremetiéron al navío, y casi sin recibir herida le entráron, y le ganáron: y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitásemos la vida, por ahorrar de bocas, y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno, en esto nos socorrió el cielo, como despues diré; aunque primero quiero deciros, que este navío era el de los corsarios que habian robado á mi hermana y á las dos recien casadas pescadoras. Apénas le hube reconocido, quando dixe á voces; ¿adónde teneis, ladrones, nuestras almas? ¿adónde estan las vidas que nos robásteis? ¿qué habeis hecho de mi hermana Aurisrela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: esas mugeres pescadoras que decis, las vendió nuestro capitan, que ya es muerto, á Arnaldo, príncipe de Dinamarca. Así es

la verdad, dixo á esta sazon Arnaldo, que yo compré á Auristela, y á Cloelia su ama, y á otras dos hermosísimas doncellas de unos piratas, que me las vendiéron, y no per el precio que ellas merecian. ¡Válame Dios, dixo Rutilio en esto, y por qué rodeos, y con qué eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ¡ó historiador tan verdadero como gustoso! Sí haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPITULO XVII.

Traicion de Policarpo por consejo de Zenotia. Quítanle á él el reyno sus vasallos, y á ella la vida. Salen de la isla los huéspedes, y van á parar á la isla de las Ermitas.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario

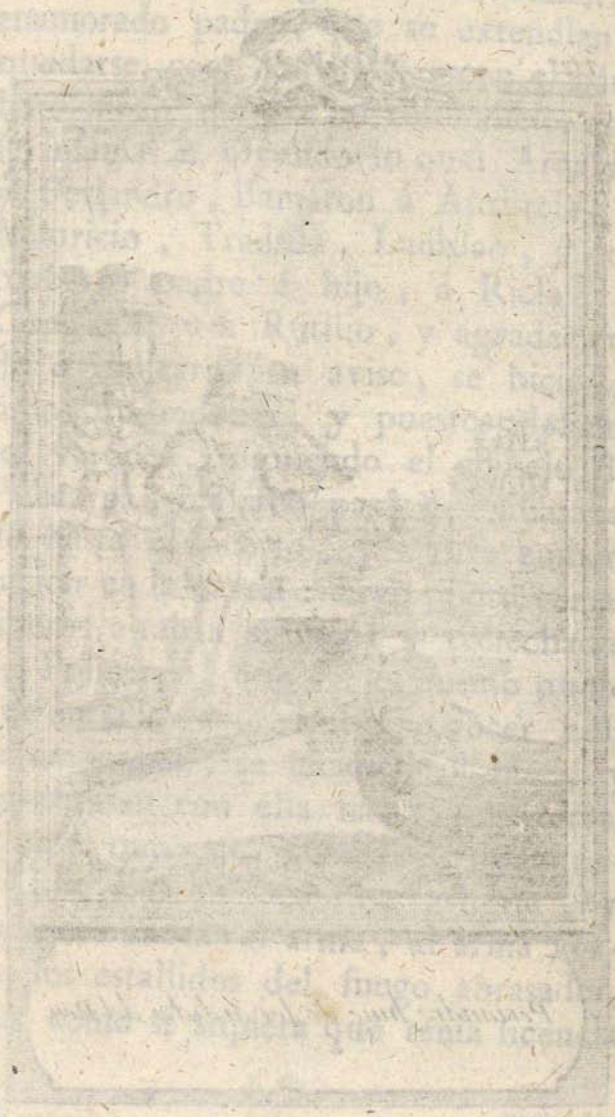
del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer para quedarse con Auristela, sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero. Ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los quales se le ponia delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora. Quisiera buenamente lograr sus deseos á pie llano, sin rodeos, ni invenciones, cubriendo toda dificultad, y todo parecer contrario con el velo del matrimomio; que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse que abrasarse. Acuciaba y solicitaba á sus pensamientos, con los que solicitaban y aquejaban á la embaydora Zenotia, con la qual se concertó que ántes de dar otra au-

diencia á Periandro se pusiese en efecto su designio: que fué, que de allí á dos noches tocasen un arma fingida en la ciudad, y se pegase fuego al palacio por tres ú quatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en cobro: donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del qual previno gente que robasen el bárbaro mozo Antonio, y á la hermosa Auristela; y asímismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovida de lástima cristiana avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrirles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetía que los acogiese. Llegóse la noche, y á las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion y alboroto á toda la gente de la ciudad. Comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia. Acudió su hija, no alborotada, sino con

reposo á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los designios de su traidor y enamorado padre, que se extendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo qual Arnaldo y Periandro, llamáron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre é hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hiciéron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, halláron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetía: cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huía se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas léjos de aquella isla. Entre la confusa gritería, y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia

Periandro huie de los ardides del Rey.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN Comunidad de Madrid



del dueño de aquellos palacios hacia el mayor estrago para que los abrasase, andaba encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela: y asímismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia; pero viendo que se habian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos los baluartes, y todos los navíos que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navío de los que en él huían: con lo qual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, qne no sabian qué enemigos los asaltaban, ó qué intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies, y su esperanza en su inocencia: y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo. Acertó á en-

cerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huéspedes; cuyas nuevas quitáron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusiéron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad: y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse. Mordíase las manos Zenotia, y maldecia su engañadora ciencia, y las promesas de sus malditos maestros. Sola Sinforosa se estaba aún en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia para hacerla volver en su acuerdo: volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetía donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte de ella; y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra, y voces al

ayre, dixo estas ú otras semejantes razones: ¡O hermoso huesped, venido por mi mal á estas riberas; no engañador por cierto, que aún no he sido yo tan dichosa, que me dixeses palabras amorosas para engañarme! amayna esas velas, ó témplalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista solo porque vas en él me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te aléjas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora. Hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene. No repares en que se abrase toda esta ciudad, que si vuelves habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta. Riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta

sazon volvió á hablar con su hermana, y le dixo: ¿no te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? ¿no te parece que no camina tanto? ¡ay Dios, si se habrá arrepentido! ¡ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navío! ¡ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos! el navío vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros. Salteólas en esto el rey su padre, que quiso ver de la alta torre tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria. Los hombres que tomáron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuviéron tambien de apagarle. Supiéron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia, y aquel mismo dia le depusiéron del reyno, y colgáron á Zenotia de una entena; Sinforosa y Policarpa fuéron respetadas como quien

eran, y la ventura que tuviéron fué tal, que correspondió á sus merecimientos: pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas. Los del navío viéndose todos juntos, y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: de ellos supiéron otra vez los traidores designios de Policarpo, pero no les pareciéron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que quando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle. Hacíales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo. Llevavaban la mira de su viage puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el designio que mas les conviniese: y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso. Tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias so-

pló próspero el viento, hasta que al quarto á poner del sol se comenzó á turbar el viento, y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas, y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que quando les apretaba este temor, descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fué conocida, y dixéron, que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegráron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navíos; tales en fin que pudieran servir de abrigados puertos. Dixéron tambien, que en una de las ermitas servia de hermitaño un caballero principal frances, llamado Renato, y en la otra ermita servia de ermitaña una señora francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla, y el de repararse de

la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa. Hízose así, con tanto acertamiento, que diéron luego con una de las calas, donde diéron fondo, sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos; por dar contento á Auristela y á Transila (que fatigadas del mar venian), con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los vayvenes del mar: y aunque se hizo así, fué parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navío guardándole, pues la fé de sus marineros poco experimentada, no les debia asegurar de modo que se fiasen de ellos: y en efecto los que se quedáron en el navío fuéron los dos Antonios padre y hijo con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves: mejor les

huele la pez, la brea y la resina de sus navíos, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se reparáron del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hiciéron, se defendiéron del frio: y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasáron la de esta noche sin pesadumbre alguna, y más con el alivio que Periandro les causó, con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XVIII.

Del buen acogimiento que halláron en la isla de las Ermitas.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros

de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mi ahora contar mis trabajos en este sosiego; que puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos, todavía segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso por ser condicion de la humana suerte, que quando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que decline; que quando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien y de bien á mas bien: y este en que estoy, teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme. Y así con

este dichoso pensamiento, digo que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos: donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana, y de las dos recien desposadas pescadoras y de Cloelia al príncipe Arnaldo, que aquí está presente. En tanto que los mios andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navío, á deshora y de improviso, de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un esquadron de armada gente de mas de quatro mil personas formado. Dexónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse. Caminaban sobre solo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino: y de esta suerte en un instante fuéron con nosotros, y nos rodeáron por todas partes,

y uno de ellos, que como despues supe era el capitan de todos, llegándose cerca de nuestro navío á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco, que volteaba sobre el brazo, en lengua Polaca, con voz clara dixo: Cratilo, rey de Lituania y señor de estos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los navíos que del yelo están detenidos, á lo ménos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya. Si vosotros gustáredes de aceptar este partido sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no aparejaos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle que me dexase tomar parecer con nosotros mismos, y fué el que mis pescadores me diéron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era el acabar la vida, la qual se habia de sustentar por todos los

medios posibles, como no fuesen por los de la infamia : y que pues en los partidos que nos ofrecian , no intervenia ninguna , y del perder la vida estábamos tan ciertos como dudosos de la defensa, seria bien rendirnos y dar lugar á la mala fortuna , que entónces nos perseguía, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al capitan del esquadron: y al punto, mas con apariencia de guerra que con muestras de paz , arremetiéron al navío , y en un instante le desbalijáron todo y trasladáron quanto en él habia, hasta la misma artillería y xarcias á unos cueros de bueyes que sobre el yelo tendiéron ; y liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar tirándolos con cuerdas sin que se perdiese cosa alguna. Robáron asímismo lo que halláron en el otro nuestro navío , y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles , alzando una alegre vocería, nos tiráron y nos lleváron á tierra , que debia de estar desde el lugar del navío como veinte millas. Paréceme á mí que debia de ser cosa de

ver, caminar tanta gente por cima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el cielo alguno de sus milagros. En fin, aquella noche llegamos á la ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito número de gente que á ver la presa de los helados y yertos habian venido. Venia entre ellos sobre un hermoso caballo el rey Cratilo, que por las insignias reales con que se adornaba, conocimos ser quien era. Venia á su lado asímismo á caballo una hermosísima muger, armada de unas armas blancas, á quien no podia acabar de encubrir un velo negro con que venian cubiertas. Llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer, como la gallardía del rey Cratilo, y mirándola con atencion conocí ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesía de mis compañeros pocos dias ántes habian dado la libertad que entónces gozaba. Acudió el rey á ver los rendidos, y llevándome el capitan asido de la mano, le dixo: en este solo mancebo, ¡ó valeroso rey Cratilo! me parece que te presento la mas rica

presa que en razon de persona humana hasta ahora humanos ojos han visto. Santos cielos! dixo á esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojándose del caballo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro; y el decir esto y añudarme el cuello con sus brazos fué todo uno: cuyas extrañas y amorosas muestras obligáron tambien á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegría me recibiese. Entónces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba léjos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que viéron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que diéron á Dios del no esperado beneficio, que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular y conocida merced. Sulpicia dixo á Cratilo: este mancebo es un sugeto, donde tiene su asiento la suma cortesía y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero que tu discrecion la acredite, sa-

cando por su gallarda presencia (y en esto bien se vé que hablaba como agradecida, y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fué el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; este el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso: este fué el que despues de recibidas mis dádivas me las volvió mejoradas con el deseo de dármelas mayores si pudiera: este fué en fin, el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dándome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia. Yo entónces á lo que creo, roxo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras ó demasiadas que de mí oía, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiéndole las manos, que no me las dió para besárselas, sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demas gente, buscando á sus compañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo

se contaban sus buenas y malas suertes. Los del mar exâgeraban su yelo, y los de la tierra sus riquezas: á mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: á mí, decia otro, esta joya, que vale por dos de esas cadenas: á mí, replicaba éste, me dió tanto dinero; y aquel repetia, mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes que á todos vosotros juntos. A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traían del freno, sin poderse averiguar con él. Era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas que sobremanera le hacian hermoso. Venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusiéran, de lo que el rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitára. Todo esto me contó el rey breve y sucintamente, y yo

me resolví con mayor brevedad á hacer lo que ahora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, quando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas que hácia ellos se encaminaban; levantóse en pie, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asímismo Periandro, y las mugeres con miedo y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y á la escasa luz de la luna, que cubierta de nubes no dexaba verse, viéron que hácia ellos venian dos bultos, que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dixera: no os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que teneis desierta y sola, la podeis mejorar si quisiéredes en la nuestra, que en la cima de esta montaña está puesta. Luz y lumbre hallareis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo ménos necesarios y de gusto. Yo

le respondí : sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dixérades los desdichados, respondió el bulto, acertárades en ello ; pero en fin, nosotros somos los que decís, y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nuestra estrecheza. Arnaldo fué de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello. Levantáronse todos, y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirviéron de guias, llegáron á la cumbre de una montañuela, donde viéron dos ermitas mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entráron dentro, y en la que parecia algo mayor halláron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes: la una del Autor de la vida ya muerto y crucificado: la otra de la Reyna de los cielos, y de la

señora de la alegría, triste y puesta al pie del que tiene los pies sobre todo el mundo; y la otra del amado discípulo, que vió mas estando durmiendo, que viéron quantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, los llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia. Finalmente, pues las menudencias no piden, ni sufren relaciones largas, se dexarán de contar las que allí pasáron, así de la pobre cena, como del estrecho regalo, que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notáron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecian las muestras de haber sido rara en todo extremo. Auristela, Transila y Constanza se quedáron en aquella estancia, á quien sirviéron de camas secas espadañas con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodáron en la ermita en di-

ferentes puestos tan frios [illegible] las ca-
lles de los vecinos de la plebeya, de aquí
no pensase que sus plácidas no nac
de mi deshonra. Finalmente v
tan apretado de mis he
mientos y fortuna
por salir de el

las, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío, con algunos de mis criados, quise desterrarme, y venir á estas septentrionales partes á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre. Hallé esta isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita, y encerréme en ella: despedílos, díles órden que cada un año viniesen á verme para que enterrasen mis huesos. El amor que me tenian, las promesas que les hice, y los dones que les di les obligáron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos. Fuéronse, y dexáronme entregado á mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo de no haber sido vencido muchos tiempos ántes, pues con aquel trabajo hubiera

venido ántes al descanso de gozallos. ¡O soledad alegre, compañía de los tristes! ¡O silencio, voz agradable á los oidos donde llegas, sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen! O qué de cosas dixera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio; pero estórbamelo el deciros primero como dentro de un año volviéron mis criados, y traxéron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dixéron en el término que yo quedaba; y ella agradecida á mis deseos, y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena: y embarcándose con ellos, dexó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas; y lo mas que dexó fué la honra, pues la dexó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado: pues con su huida confirmaba su yerro y el mio. Recibíla como ella esperaba que yo la recibiese y la soledad y la hermosura que habian de encender nuestros comenzados deseos, hiciéron el efecto contrario; merced al

cielo, y á la honestidad suya: dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estátuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los quales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas, que en esta soledad es forzoso que me falten. Traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese. Tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos oficios; dormimos á parte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios esperamos la vida eterna. Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso: no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes, á los malos por castigo, y á los buenos

por mejora: y en el número de los buenos pusiéron á Renato, con el qual gastáron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni ménos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡O vida solitaria! dixo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡O vida solitaria, dixo, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quien te amara, quien te abrazara, quien te escogiera, y quien finalmente te gozara! Ah! dices bien, dixo Mauricio, amigo Rutilio; pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos, porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza: y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque mi-

sericordiosas manos. Si yo viera á un Anibal cartagines encerrado en una ermita, como vi á un Cárlos Quinto encerrado en un monasterio, suspeniérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira, ni me suspende. Fuera va de este cuento Renato, que le traxéron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro. A lo que añadió Periandro: si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dexan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo, en quien quedé de mi historia. Todos se alegráron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á sus tantas veces comenzado y

no acabado cuento, que fué así.

CAPITULO XX.

Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo como famoso.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenia tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle, pareciéndome que el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al rey habia dicho. Y así, no tan maduro como presuroso, fuí donde estaba el caballo, y subí en él sin poner el pie en el estribo, pues no le tenia, y arremetí con él sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña que sobre la mar pendia: y apretándole de nuevo las piernas, con tan

mal grado suyo como gusto mio, le hice volar por el ayre, y dar con entrámbos en la profundidad del mar: y en la mitad del vuelo me acordé, que pues el mar estaba helado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fué así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño que haberme sacudido de sí el caballo, y echado á rodar resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero quando me viéron levantar en pie, aunque tuviéron el suceso á milagro, juzgáron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo, tan sin lesion, que quisiera él, por lo ménos, que se hubiera quebrado tres ó quatro piernas, porque no dexara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el crédito que

todos tenian de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle: que así como es pena del mentiroso que quando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creido quando diga mentira; y como no pudiéron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya, diciendo: volví á la ribera con el caballo, volví asímismo á subir en él, y por los mismos pasos que primero le incité á saltar segunda vez; pero no fué posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra. Cubrióse luego de un sudor de pies á cabeza, tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo, de manera que los muchachos se atreviéron á manosearle, y los caballerizos del rey enjaezándole, subiéron en él y le corriéron á mas seguridad, y él mostró su ligereza y su bondad, has-

ta entónces jamas vista, de lo que el rey quedó contentísimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras. Tres meses estuvo en su rigor el yelo, y estos se tardáron en acabar un navío que el rey tenia comenzado para correr en conveniente tiempo aquellos mares, limpiándolos de corsarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entretanto le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado, y gran sufridor de trabajos, porque ningun exercicio corresponde al de la guerra como el de la caza, á quien es anexo el cansancio, la sed y la hambre, y aun á veces la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los mios extremada, y la cortesía de Cratilo le corrió parejas. Los doce pescadores que traxo consigo Sulpicia estaban ya ricos, y los que conmigo se perdiéron estaban ganados. Acabóse el navío, mandó el rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo capitan

de el á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto: y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dixe que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dió para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como rey, á quien es anexo, tanto el hacer mercedes como la afabilidad, y si se puede decir la buena crianza. Esta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañándola con la liberalidad, con la qual ricos y contentos yo y los mios, nos embarcamos sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomamos fué á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé fuéron nuevas de que de la ribera del mar á ella y otras doncellas las habian robado corsarios. Renováronse mis trabajos, y comenzáron de nuevo mis lástimas, á quien acompañáron las de Carino y So-

lercio, los quales creyéron que en la desgracia de mi hermana y en su prision se debia de comprehender la de sus esposas. Sospecháron bien, dixo á esta sazon Arnaldo; y prosiguiendo Periandro, dixo: barrimos todos los mares, rodeamos todas ó las mas islas de estos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí (con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo) que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser escuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de qualquier laberinto. Prendimos corsarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros, y con esto, colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisiéron los mios volver á sus redes y á sus casas, y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes de esto llegamos á aquella isla, que á lo

que creo se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas. No pudo llegar nuestra nave por ser el viento contrario, y así en trage de marineros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho. Allí gané los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quien yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo. Vuelto al navío, y resueltos los mios de dexarme, les rogué que me dexasen el barco, como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado. Dexáronmele, y aun me dexaran el navío si yo le quisiera, diciéndome, que si me dexaban solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como lo habia mostrado la experiencia en las diligencias que habíamos hecho para conseguirle. En resolucion, con seis pescadores que quisiéron seguirme, llevados del premio que les dí, y del que

los ofrecí, abrazando á mis amigos me embarqué, y puse la proa en la isla Bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los tenia engañados: la qual no os refiero, porque sé que la sabeis. Di al traves en aquella isla, fuí preso, y llevado donde estaban los vivos enterrados: sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbarataronse los leños que servian de barcas: salí al mar ancho en un pedazo de ellas con cadenas que me rodeaban el cuello, y esposas que me ataban las manos: caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya órden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela; la qual vino otro dia en trage de varon á ser sacrificada: conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba: y el modo como allí las dos viniéron ella lo dirá quando

quisiere. Lo que en la isla nos sucedió ya lo sabeis: y con esto, y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPITULO XXI.

Llega Sinibaldo, hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reyno con Renato y Eusebia. Llevan en su navío á Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao, y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza, y Rutilio se queda allí por ermitaño.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgáron de que Periandro pusiese fin á su plática: porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo te-

ner Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entónces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian sido pocos, desde que fué robada del poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura; ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que viéron venir por alta mar, encaminada á la isla con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fué de Renato conocida; el qual dixo: esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces. Ya en esto, hecha la zalema, y arrojado el esquife al agua, le llenó de gente que salió á la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato, y todos los que con él estaban. Hasta veinte serian los desembarcados, entre los quales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demas; el qual apénas vió á Renato, quando con los brazos abiertos se vino á él

diciéndole: abrázame, hermano, en albricias de que te traygo las mejores nuevas que pudieras desear. Abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dixo: ningunas nuevas me pueden ser mas agradables (¡ó hermano mio!) que ver tu presencia; que puesto que en el siniestro estado en que me veo, ninguna alegría sería bien que me alegrase, el verte pasa adelante, y tiene excepcion en la comun regla de mi desgracia. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dixo: dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traygo; las quales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena. Sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias ántes que muriese sin habla, se la dió el cielo seis horas ántes que despidiese el alma, en el qual espacio, con muestras de un grande arrepentimiento, confesó la culpa en que habia caido de haberos acusado falsamente. Confesó su

envidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado. Puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra; y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso quedase por instrumento público esta verdad, la qual sabida por el rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra, y os declaró á tí, ó hermano, por vencedor, y á Eusebia por honesta y limpia: y ordenó que fuésedes buscados, y que hallados os llevasen á su presencia para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, á vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entónces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen: porque la honra perdida y vuelta á cobrar con extremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale. Gozeisle luengos años, señor Rena-

to, y gózele en vuestra compañía la sin par Eusebia, hiedra de vuestro muro, olmo de vuestra hiedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad y agradecimiento. Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les diéron todos, y luego pasáron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba, y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar tenian poca noticia. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto por el rey de los Dánaos Leopoldio, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldio favorecian. Contó asímismo como se murmuraba, que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del qual príncipe decian, que qual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia quien fuesen sus padres. Contó con esto guerras del de Transilvania, movi-

mientos del Turco, enemigo comun del género humano: dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos Quinto, rey de España y emperador Romano, terror de los enemigos de la Iglesia, y asombro de los sequaces de Mahoma. Dixo asímismo otras cosas mas menudas, que unas alegráron y otras suspendiéron, y las unas y las otras diéron gusto á todos; sino fué al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo, y la mano en la mexilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dixo: ¡O amor, ó honra, ó compasion paterna, y cómo me apretais el alma! perdóname amor, que no porque me aparto te dexo; espérame, ó honra, que no porque tenga amor, dexaré de seguirte: consuélate, ó padre, que ya vuelvo: esperadme vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor, y el mas bien enamora-

Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostráron tiernos. Andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose de estos y de aquellos, mezclando sollozos y lágrimas todo á un tiempo. Finalmente, convidándoles el sosegado tiempo, y un viento que podia servir á diferentes viages, se embarcáron, y le diéron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor de esta peregrina historia.

FIN DEL TOMO II.

TABLA

DE LOS CAPITULOS de este libro segundo.

Cap. I. *Donde se cuenta como el navío se volcó con todos los que dentro de él iban.* Pág. 3

Cap. II. *Donde se cuenta un extraño suceso.* 8

Cap. III. *Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.* 21

Cap. IV. *Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.* 31

Cap. V. *De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.* 39

Cap. VI. *Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.* 53

Cap. VII. Dividido en dos partes. *Rutilio enamorado de Policarpa, y Clodio de Auristela, las*

escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle ; pero Clodio determina dar el suyo. 61

Segunda parte del capítulo siete. *De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla.* 72

Cap. VIII. *Da Clodio el papel á Auristela, Antonio el bárbaro le mata por yerro.* 83

Cap. IX. *De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.* 63

Cap. X. *Cuenta Periandro el suceso de su viage.* 100

Cap. XI. *De como Zenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo ; pero aconseja al rey Policarpo no dexe salir de su reyno á Arnaldo, y los demas de su compañía.* 118

Cap. XII. *Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.* 126

Cap. XIII. *Da cuenta Periandro*

de un notable caso que le sucedió en el mar. 139
Cap. XIV. *Refiere lo que pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, rey de Lituania.* 152
Cap. XV. *Prosigue Periandro sus acaecimientos, y cuenta un extraño suceso.* 164
Cap. XVI. *Prosigue Periandro su historia.* 174
Cap. XVII. *Traicion de Policarpo por consejo de Zenotia. Quítanle á él el reyno sus vasallos, y á ella la vida. Salen de la isla los huéspedes, y van á parar á la isla de las Ermitas.* 181
Cap. XVIII. *Del buen acogimiento que halláron en la isla de las Ermitas.* 192
Cap. XIX. *Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.* 208
Cap. XX. *Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilio, como famoso.* 116
Cap. XXI. *Llega Sinibaldo, her-*

mano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reyno con Renato y Eusebia. Llevan en su navío á Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao: y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza: y Rutilio se queda allí por ermitaño. 224

Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina
1368701